



BIBLIOTECA INFANTIL

La Reconquista de España



GUIPUZCOA

POR ESPAÑA

POR

EL TEBIB ARRUMI



Nº 14

REDACTED
REDACTED

BIBLIOTECA INFANTIL

La Reconquista de España

GUIPUZCOA POR ESPAÑA

por

“EL TEBIB ARRUMI”

EDICIONES ESPAÑA

Duque de Sexto, 17, Madrid

JULIO 1940

PUBLICACIÓN DECENAL

NÚM. 14

PRIMERA EDICIÓN

Julio de 1940

Es propiedad de
EDICIONES ESPAÑA

GUIPUZCOA POR ESPAÑA

POR

“EL TEBIB ARRUMI”

I

Volvamos la vista otra vez al Norte, queridos muchachos.

Dejamos a las fuerzas de Beorlegui triunfantes en Irún, liberando Guadalupe, de cuyo fuerte habían podido escapar la mayoría de los prisioneros, y volcándose rápidas hacia San Sebastián, objetivo final que el general Mola había propues-

to y figuraba, con el avance sobre Madrid, como capital estratégica de primer orden en el primitivo plan del Alzamiento. Mas antes de detallar la marcha dura, pero ininterrumpidamente triunfal, de las fuerzas salidas de Navarra para la conquista de la capital guipuzcoana, vamos a especificar lo que en la bellísima ciudad cantábrica ocurría desde el momento mismo del Alzamiento.

San Sebastián, a juicio de los organizadores de la santa rebeldía, era plaza con la que se podía contar seguramente; de un lado, porque la oficialidad de aquella escasa guarnición habíase mostrado decididamente partidaria del Alzamiento desde los primeros sondeos que cerca de ellos se habían realizado por los enlaces enviados por Mola. De otra parte, porque aun contando con que en la población obrera de la bella Easo existían no pocos elementos comunistas, era indudable que éstos estaban virtualmente neutralizados por la inmensa mayoría de los vecinos de la capital guipuzcoana que, como es sabido, no de ahora, sino de todo tiempo, encontró su manera más plácida de existencia en la condición de ciudad de descanso, de veraneo, por su playa, la

más bella y acreditada de todas las costas nacionales, y por la magnífica urbanización de la moderna ciudad, que un tiempo fué estación de veraneo de los Reyes, y de siempre el lugar predilecto escogido por las gentes de posición sólida, con preferencia a todas las demás ciudades costeras. Se descontaba, pues, que llegado el momento, la inmensa mayoría de los industriales y comerciantes de San Sebastián se pondrían de una manera decidida del lado del Ejército, y se daba también como seguro que los elementos nacionalistas, aunque muy envenenados por la predicación del separatismo vasco en algunas poblaciones guipuzcoanas, y singularmente en Tolosa, por lo menos en San Sebastián se mostrarián neutrales en la pugna y hasta se podría contar con su colaboración, ya que nadie podía concebir que gentes de sólidas creencias religiosas y de sanos principios de orden y disciplina, llegasen nunca a figurar al lado de los revolucionarios rojos, de los marxistas, de los agitadores enviados por Moscú.

Como luego veréis, queridos muchachos, no fué así, sino precisamente todo lo contrario, y

en San Sebastián, como en Bilbao, a la cuenta de la defeción de sus propios ideales que los nacionalistas hicieron, hay que cargar la mayor parte de la responsabilidad de la sangre derramada.

Había ya comenzado la temporada de veraneo, aunque no era todavía muy denso el aflujo de forasteros. Aun así, cuando mediaba julio, ya en San Sebastián se encontraban no pocas familias propietarias de los preciosos chalets que se extienden por sus avenidas y especialmente por la carretera que de San Sebastián va a la frontera. Plácida era la existencia en la bella Easo en aquellos días y nada hacía presumir que pronto se vería convertida la hermosa ciudad en un campo de batalla. Sin embargo, una especie de crispación general se registró en San Sebastián cuando hasta allí llegó la noticia, inusitada y trágica, del asesinato de don José Calvo Sotelo. Aquella crispación se tradujo casi públicamente en una exacerbación del sentimiento de reciproca hostilidad que ya existía entre los veraneantes y gentes de derecha, de un lado, y las clases proletarias y nacionalistas vascos de

la capital de Guipúzcoa, de otro. No llegaba a producirse choque, pero era evidente que por minutos se exacerbaba la anómala situación de mutuo recelo. Singularmente los oficiales de la guarnición, artilleros en su mayoría, y los que se encontraban en San Sebastián gozando de permiso de veraneo, no recataban su impaciencia y su nervosismo, y así era frecuente oírles expresar una a modo de consigna que, con hábil juego de palabras, decía todo cuanto en aquellos momentos convenía y se podía decir. Cuando estos oficiales, en los bares y cafés elegantes, eran interrogados por sus amistades, o por gentes bien calificadas por su derechismo, entre sonrisas muy significativas solían contestar de este modo: "¡Qué ganas tengo de no tener ganas de lo que tengo ganas!", con lo que testimoniaban ante los curiosos y nerviosos impertinentes cómo su ánimo estaba preparado a todo evento, y más aún, deseoso de encontrar la circunstancia propicia para manifestar el término de una paciencia ante la serie de desmanes y de traiciones a la Patria que el Frente Popular estaba perpetrando.

Tal era la situación cuando el 18 de julio, bien de mañana, empezó a circular por San Sebastián la noticia del Alzamiento. En los primeros momentos los rumores fueron neutralizados por las declaraciones del gobernador civil, que les negó toda veracidad. Pero al llegar en aquella misma mañana "El Liberal" de Bilbao, pudieron, todos los que alcanzaron a leerlo, enterarse de cómo la primera autoridad civil de la capital de Vizcaya había hecho declaraciones a los periodistas diciendo que "en España la tranquilidad era perfecta"; pero, a una pregunta directa de uno de los reporteros sobre si había acontecimientos, sucesos de importancia, en Marruecos, el gobernador de Bilbao contestó: "Yo no he dicho más que hay tranquilidad en toda la Península; de Marruecos yo no he dicho nada", con lo que todas las gentes se dieron por advertidas, aplicando a las palabras de aquella autoridad civil y a los rumores circulantes, el consabido dicho vulgar de "¡Verde y con asas...?"

II

Había en San Sebastián en aquellos días muy escasas fuerzas del Ejército. Un regimiento con apenas 400 hombres, la mayoría de ellos soldados de cuota y mozos sin instrucción, y algunas docenas de clases del ejército sirvientes de la artillería de los fuertes de aquella región. No eran mucho más numerosas las fuerzas de la Guardia civil; el núcleo más denso de los contingentes armados estaba constituido por un batallón de Carabineros, si bien éste, aunque tenía su Comandancia general en la capital de la provincia, se encontraba diseminado a todo lo largo de la frontera, en la línea del Bidasoa. Como gobernador militar se encontraba un coronel, quien a su debido tiempo recibió notificación de Burgos para que se mantuviese vigilante y acuartelase las tropas—orden dé Batet, al

servicio del Frente Popular—, y al mismo tiempo que los jefes de San Sebastián habían recibido la orden consigna iniciadora del Alzamiento. En vista de ello, el coronel que actuaba como comandante general de la plaza, el mismo día 18 reunió a todos los jefes de la guarnición, que, efectivamente, asistieron a la convocatoria, a excepción del coronel de Carabineros y del que mandaba la Guardia civil. Cuando estaban reunidos los jefes y discutían cuál de las dos órdenes convenía acatar—predominando, justo es decirlo, la opinión de seguir las instrucciones de Mola y no las de Batet—, los elementos populistas, principalmente los comunistas, F. A. I. y C. N. T., rodearon el cuartel donde se hallaban reunidos los militares y trataron de imponerse a éstos, pretendiendo no menos que suspender a tiros la reunión. El comandante militar, a instancias de los jefes reunidos, no toleró aquella coacción y ordenó a una batería que saliese a la plaza y despejase de marxistas los alrededores del cuartel; no hay que decir que apenas salieron los primeros soldados, los rojos se dieron buena prisa en abandonar su actitud airada.

Pero no fué por mucho tiempo, y aunque no a gritos ni con amenazas, continuaron vigilando el cuartel hasta el punto de que cuando de él salió el comandante militar, al atravesar la plaza, se vió rodeado por un grupo de marxistas que se lo llevaron detenido al Gobierno civil, costando allí no pocos esfuerzos al que actuaba de poncio poder dejarle en libertad, acompañándole personalmente hasta su domicilio a través de las turbas, que, vociferantes, exigían se matase a aquel jefe militar.

Antes de caer la noche, una avioneta nacional que aterrizó en el aeródromo de San Sebastián, pudo poner en manos del teniente coronel de Ingenieros señor Vallespí, una orden de Mola para que inmediatamente proclamase el estado de guerra; asumiese el mando militar de la plaza y se aprestase a la defensa de cuarteles y ocupación de los lugares que estimase estratégicos.

Y a primera hora de la noche, efectivamente, los cuarteles se pusieron en estado de guerra merced a las personas de derechas que acudieron a ellos en acto de espontánea y decidida ad-

hesión, mientras que con algunas secciones de soldados se ocupaban y ponían en situación defensiva, entre otros puntos, los muy importantes de Poyoe y Ametzagaña. En el acto, el referido jefe hizo la proclamación del estado de guerra y se presentó en el Gobierno civil para detener al gobernador; pero éste, a media tarde, sin duda advertido de la actitud de los militares, había escapado de San Sebastián, dirigiéndose a la no lejana localidad de Eibar, sede del marxismo español, en demanda de refuerzos y de apoyo para cumplir las órdenes emanadas del Gobierno de Madrid.

III

No tardaron mucho tiempo los eibarreses en acudir en auxilio de la bella Easo. De antiguo la industriosa ciudad, sita casi en la raya separadora de Guipúzcoa y Vizcaya, era feudo

absoluto de los marxistas, y todavía de un modo más concreto de Indalecio Prieto, persona que de largo tiempo contaba con grandes influencias entre la población de metalúrgicos y armeros de Eibar y no solamente entre los proletarios, sino entre bastantes de los fabricantes y plutócratas de la ciudad y su región. Fama de muy revolucionarios y de muy bravos gozaban los de Eibar, y como además poseían enorme cantidad de armas de las que ellos mismos fabricaban, y singularmente de pistolas ametralladoras, especialidad en la que habían coincidido los más de los fabricantes, no hay que decir cómo salieron armados hasta los dientes hasta un millar de eibarreses que en la misma jornada del día 21 de julio, al recibir el requerimiento del gobernador de San Sebastián, en camiones y coches ligeros salvaron rápidamente la sesentena de kilómetros que por la costa separan las dos urbes, Eibar y San Sebastián, haciendo su entrada en la capital de la provincia al obscurecer de dicho día y precisamente en aquellos momentos críticos en que, por haberse declarado el estado de guerra y haberse ocupado los lugares estratégicos de

San Sebastián, las fuerzas de Orden público y Guardia civil se mostraban dispuestas a unirse a las del Ejército para dominar enteramente la situación, harto confusa hasta aquellos momentos.

La presencia de los eibarreses decidió la partida en su favor. Como en tantas otras poblaciones, la guarnición de San Sebastián recibió la orden de encerrarse en los edificios militares, dejando libre la calle al desmán, a la coacción y a la propaganda de los frontepopulistas. Estos, por otra parte, eran dueños de la Radio y el día 21 lo fueron de los periódicos; y así, sólo su voz, sólo sus noticias, eran las difundidas por San Sebastián, con el natural efecto desmoralizador para las gentes de orden y para los aún indecisos nacionalistas vascos, que acáudillados por Irujo, llevaban tres días sin tomar partido de una manera precisa por ninguno de los dos bandos.

En la noche del 21 al 22 los frontepopulistas añadieron a sus coacciones de propaganda y al espectáculo impresionante de su total dominio de las calles, el influjo del terror, apresando a

muchas personas de orden y amenazando con tomar sobre ellas sangrientas represalias si los militares se atrevían a derramar una sola gota de "sangre del pueblo".

Así transcurrió aquella crítica noche en la que se perdió el control de la ciudad y con ello quedó definida la triste suerte de la hermosa ciudad. Al amanecer del dia 22, salió del cuartel de Loyola un destacamento al mando del teniente García Benítez, con el propósito de relevar las secciones que habían quedado guarneciendo Polloe y Ametzagaña. Pero no habían hecho sino asomar a las calles de Urbieta y de Prim, cuando recibieron repetidas descargas de fusilería y pistolas que se les hacia desde los balcones y azoteas de diversos edificios asaltados durante la noche por los eibarreses. El denso tiroteo duró hasta media mañana, con bajas por los dos lados. Pero aquel puñado de valerosos soldados, obedeciendo ciegamente las órdenes del teniente García Benítez, fueron poco a poco dominando la situación. Los rojos habían disparado sus municiones a tontas y locas y sobre las diez de la mañana empezaron a notar cómo se les habían

ido agotando los cartuchos y cómo, a pesar de la demanda apremiante que de ellos hacían por medio de enlaces, no recibían nuevas dotaciones; y como al aminoramiento de las descargas acompañó un marcado intento de asalto de los soldados de aquellos edificios desde donde se les había estado tiroteando, no fueron pocos los bravos eibarreses que se decidieron a buscar la salvación de sus vidas en una taimada huída a través de tejados y azoteas, y no fueron pocos los que empezaron a hablar de entregarse y declararse vilmente engañados por los mandamás que les habían lanzado a aquella aventura, empezando, los que a esto se determinaban, por romper sus famosos carnets sindicales en prueba y protesta del error a que se les había inducido.

Un hecho aciago cortó de improviso aquel inicial triunfo de la causa de los defensores del orden. Una bala perdida fué a dar en el pecho al teniente García Benítez, precisamente cuando éste disponía el registro de las casas ocupadas por los rojos. Mortalmente herido aquel bravo oficial, las fuerzas se quedaron en el acto sin mando y, lo que es peor, sin saber qué hacer, por

que nadie lo asumió. Parece ser que un sargento acudió a Loyola en demanda de nuevo jefe y de instrucciones. No se sabe de cierto lo que ocurrió con aquel enlace, pero sí es notorio que antes de que en Loyola se determinase quién había de substituir al heroico García Benítez, se presentaron los soldados que aquél había estado dirigiendo en la dura y larga contienda callejera; su llegada al cuartel, porteando los heridos y el cadáver de García Benítez, sembró el natural desasosiego, que fué en aumento cuando contra el cuartel mismo dispararon sus fusiles unos cuantos eibarreses, que al observar la inusitada retirada de las tropas, se habían decidido por hostigar su retroceso, y tras de los soldados habían llegado hasta el mismo cuartel. Desde aquel momento quedaron materialmente cercados los militares que se habían pronunciado a favor del Movimiento; unos en el cuartel de Loyola, otros en el edificio del Gran Casino y en el hotel María Cristina, adonde los del Gran Casino fueron a concentrarse el día 23; pero estos núcleos no mantenían enlace alguno entre sí, sino que, por el contrario, procedían ais-

ladamente en el mantenimiento de la defensa. cosa que no dejaron de aprovechar los marxistas para utilizarla en favor de la rendición separada de cada uno de estos baluartes. Durante todo el día 23 llegaron—esta vez de Bilbao y de todos los pueblos de importancia del trozo de costa que va desde la capital de Vizcaya a San Sebastián—núcleos de anarquistas bien armados y municionados, porque al pasar por Eibar se les dotaba de todo lo preciso para combatir, y especialmente de bombas de mano, que las gentes mineras venidas de Vizcaya utilizaban con verdadera fruición.

El cuartel general de los frentepopulistas quedó establecido en la magnífica iglesia del Sagrado Corazón, que se vió asimismo convertida en depósito de municiones, de Intendencia y, no hay que decirlo, en cueva de ladrones, porque allí fueron acumulando las riquezas que hora tras hora robaban en los registros domiciliarios que hacían a las gentes significadas por su derechismo. Para bien subrayar cuál era el sentido de aquellas gentes feroces, empezaron por fusilar la divina imagen del Sagrado Corazón de

Jesús, a semejanza de lo que por aquella misma fecha hacían los rojos con la del Cerro de los Angeles de Madrid. El Sagrado Corazón de Jesús quedó atravesado por 16 impactos y el fusilamiento se verificó en el amplio patio de la Iglesia, con el consiguiente terror de los que, prisioneros en los sótanos, escucharon aquellas descargas.

Comenzaron asimismo los fusilamientos efectivos, los clásicos paseos. La cárcel de Ondarreta se vió pronto llena, y en las calles, todo aquel que no ofrecía una sólida documentación izquierdista, era detenido y llevado a la Diputación y al Gobierno civil, donde se decretaba, por sí o por no, su encarcelamiento. Entre tanto, los soldados de Loyola y los del Hotel Cristina, se defendían bizarramente. El fuego de fusilería era constante, pero aun así, llevaban la peor parte los anarquistas y comunistas, porque los tiros de nuestros soldados iban siempre bien dirigidos y los de los rojos, por lo común, eran "tiros ciegos", por el afán de atronar con los estampidos a la ciudad, y así, más y más atemorizarla. Sin embargo, hubo un momento ver-

daderamente terrible para los cercados. Las baterías de San Sebastián, la de Ametzagaña singularmente, empezaron a actuar disparando contra el Gran Casino, el Hotel Cristina y el cuartel de Loyola, haciéndoles numerosos impactos, al propio tiempo que los cañones de San Marcos y Choritoquieta batían las posiciones ocupadas por los nacionales en Poyoe y Ametzagaña, obligándolas a rendirse a causa del fuego denso de cañón que tenían que soportar sin ninguna especie de adecuada defensa.

El agua y la luz fué cortada en Loyola y en el Cristina, y así, la situación se hizo cada minuto más angustiosa. Esta angustia crecía a medida que discurría el tiempo, a causa de la absoluta incomunicación en que los cercados se encontraban. No tenían ninguna noticia del exterior. Ignoraban lo que ocurría en el resto de España, y aunque conocían la existencia del propósito de enviar desde Navarra una columna de socorro a San Sebastián, ni habían podido localizarla, ni sabían a ciencia cierta si estaban lejos o cerca de ellos.

En esta situación se mantuvieron firmes hasta

el día 29, fecha en la que, ya definida por los nacionalistas vascos su adhesión al Frente Popular, el señor Irujo, en compañía de varios próceres separatistas, consiguió entablar negociaciones para la rendición de Loyola. Muchos de los oficiales de los cercados se manifestaron completamente opuestos a todo pacto, y entre ellos el teniente coronel Vallespi, que cuando ya se vió arrollado por la decisiva influencia ejercida por el coronel y los que opinaban que se debía de dar fe a las condiciones verdaderamente honrosas que proponía el señor Irujo, consiguió en la última noche evadirse de Loyola y poco después pudo incorporarse a nuestras líneas, donde realizó, como jefe de los ingenieros pontoneros, una labor tan intensa como útil durante toda la campaña del Norte.

Pero la rendición se pactó. Se subscribió un acta, en la que Irujo, en nombre del Frente Popular y de las autoridades de San Sebastián, se comprometía a respetar las vidas de los jefes, oficiales y clases de tropa que se habían mantenido en armas durante aquellos días; se convenía asimismo que los soldados, previamente des-

armados, serían licenciados en el acto de la rendición; y, en fin, se dejaba a cada uno de los oficiales en libertad para poder mantenerse neutrales en la planteada contienda.

Así se llegó al 30 de julio, en cuya madrugada los de Loyola abrieron las puertas del cuartel para dar salida a los soldados, con arreglo a lo estipulado, sin armas; las turbas rodeaban el edificio de Loyola y el de María Cristina, a cuyos defensores se había hecho saber y se hacía extensivas las condiciones del pacto; aquella horda permaneció quieta, silenciosa, sin hacer ningún género de demostraciones, mientras que sólo eran soldados los que de uno y de otro lado iban saliendo. En vista de aquella calma, que parecía garantizar la solemnidad del convenio de rendición, los oficiales se decidieron a su vez a salir de los edificios; pero no habían hecho más que acercarse a unos camiones que se les había preparado para un rápido traslado a sus respectivos domicilios, cuando la chusma marxista, rodeando los vehículos, empezó a lanzar los peores y más soeces insultos sobre los que se habían acogido a una fija y rotunda prome-

sa. No hay que decir que de los insultos de palabra pasaron a los de obra, y que, los oficiales se vieron instantáneamente rodeados por una turbamulta de forajidos que esgrimían todo género de armas y les apuntaban con ellas en un estado de exaltación que no dejaba lugar a dudas sobre cuál había de ser la triste suerte de quienes tan incautamente habían fiado de la palabra de un traidor a España.

Irujo y otros cuantos nacionalistas, sin embargo, en aquellos momentos críticos, se constituyeron en defensores de los militares, y unidos a ellos en los camiones, lograron que éstos arrancaran y salieran en dirección al Gobierno civil a buena marcha, pero no por ello sin dejar de ser seguidos por las ululantes manadas de fieras rojas. Ya en el Gobierno civil, Irujo y el resto de las autoridades frentepopulistas, trataron de convencer a los oficiales de la necesidad de variar el pacto de rendición en el sentido de que "todos los que vestían uniforme se dejaseen conducir a la cárcel de San Sebastián, única manera, a juicio suyo, de salvarles de momento la existencia", y asegurándoles al mismo tiempo que

“transcurridos unos días y cuando estuviese calmada la excitación de las turbas, todos y cada uno de ellos serían puestos en libertad y en condiciones de garantía absoluta de salvar sus existencias”.

Interin se desarrollaban estas conversaciones, los rojos se habían situado alrededor del edificio del Gobierno civil y vociferaban a pleno pulmón pidiendo que “se les entregase a los traidores al pueblo para que el pueblo hiciese en ellos justicia”. Parece ser que fueron los eibarreses, entre los que había muchos nacionalistas vascos, quienes al fin se impusieron, despejando la plaza a la fuerza y consiguiendo, en las primeras horas de la mañana, sacar a los oficiales y llevarlos a Ondarreta, donde, cautamente, los de Eibar montaron una fuerte guardia de prevención.

Pero las cosas tenían que ocurrir fatalmente como era lógico que ocurriesen, y aquel mismo día las hordas marxistas y nacionalistas asaltaron la prisión de Ondarreta, sacaron de sus celdas a todos los oficiales que se habían rendido y a algunos más de los presos, hasta el número de 51, a todos los cuales fusilaron inme-

diatamente en el mismo patio de la cárcel y con gran derroche de alardes de crueldad. Cuentan los que en Ondarreta se hallaban presos en aquel trágico día, que durante muchas horas varios de los fusilados estuvieron quejándose y pidiendo a sus verdugos que por compasión les rematasen, ya que las heridas que les habían producido no habían conseguido arrebatarles por entero la vida.

De aquella infame añagaza de la que fué primer responsable Irujo, que a más de jefe del Nacionalismo Vasco, tenía la autoridad de ser ministro del flamante Gobierno que se había formado en Madrid, se ha escrito mucho, pero no se ha subrayado bastante toda la negrura del proceder de aquellos desalmados. Jactanciosamente, en aquella fecha luctuosa, el titulado presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra y Gobernación, lanzaba por radio al mundo la siguiente noticia:

"En la mañana del día de hoy se ha verificado la entrega de los cuarteles de Loyola, donde hallábanse los militares sublevados. Entregóse además todo el armamento y gran cantidad de mu-

G U I P U Z C O A P O R E S P A N A

niciones en perfecto estado. La entrega comprende: jefes, oficiales, soldados y paisanos, que quedaron detenidos en los locales de la Diputación. El compromiso de los diputados a Cortes que intervinieron en parlamento con jefes sublevados, garantiza vidas a los detenidos y gestión para la calificación de "hombres de honor" para todos los jefes y oficiales no comprometidos en la sublevación."

Al propio tiempo que se radiaba esta noticia del solemne pacto, la dirección de la cárcel de Ondarreta recibía instrucciones para que al presentarse las turbas, la guardia se retirase, dejando abiertas las puertas y no oponiéndose a las pretensiones del pueblo. Y, en efecto, las hordas se presentaron desaforadas; sin encontrar obstáculos penetraron en las celdas y fueron sa- sando de ellas, a empujones, a sus víctimas, mientras que en las galerías, como por una consigna, se escuchaba este rugido unánime de los asaltantes:

—¡Leoz; que nos entreguen al teniente Leoz!
¡Hay que matarlo el primero!

El teniente Leoz había sido quien, durante

todo el tiempo en que se discutió la rendición, obstinadamente habíase opuesto a la firma del pacto; los marxistas no podían perdonárselo.

Leoz y sus compañeros se portaron como quienes eran. Murieron confesando su fe en Dios y en España, y cuando aún se retorcían en el suelo revolcándose entre la sangre que por sus heridas manaba, buscaban en sus últimos suspiros la fuerza suficiente para hacer subir a sus labios un estentóreo ¡Viva España!

¡Y el coronel? El coronel que había cometido la imprudencia y temeraria candidez de fiarse de la palabra y promesas de los traidores a su patria, no corrió mejor suerte que aquéllos a quienes, por su decisión, se habían convertido en víctimas propiciatorias del salvajismo rojo. El jefe de los anarquistas de San Sebastián, asegurando que procedía al hacer lo que hacía para garantizar el cumplimiento exacto del pacto de rendición, retuvo en su despacho al coronel; y cuando recibió noticias de lo que estaba ocurriendo en Ondarreta, le hizo entrar en su propio coche y con él salió en dirección al barrio de Amara. Aquella misma mañana, unos niños des-

cubrieron el cadáver de aquel desgraciado, recostado en el puente del ferrocarril. ¡Presentaba más de cincuenta balazos!

Para mayor escarnio, como a Cristo, aquellos sayones pusieron un "Inri" a su sentido justiciero, y el día 4 de agosto, cuando aún no habían recibido sepultura muchos de los asesinados—a los que dejaron abandonados en la playa de Ondarreta—, en San Sebastián se publicó, y fué radiada, una nota de la Junta de Defensa, firmada por los representantes de las organizaciones U. G. T., Izquierda Republicana, C. N. T., Unión Republicana, S. O. V., Partidos Socialista, Comunista, Nacionalista y de Acción Nacionalista Vasca, que integraban el Frente Popular rojo separatista, diciendo lo siguiente:

"La seguridad de los presos.—Los Tribunales administran plena y severa justicia. Las Organizaciones sindicales y partidos políticos que componen la Junta de Defensa de Guipúzcoa, han examinado con detenimiento los dolorosos y reprobables incidentes ocurridos en relación con los presos. El desbordamiento de la indignación popular y la actuación de elementos fuera de todo

control y disciplina, han causado varias víctimas, sin que un procedimiento regular concrete culpabilidades y sanciones. Las entidades coaligadas condenan con la máxima severidad tales excesos y declaran su firme voluntad de que en ningún modo se repitan.

"Consecuentes con este criterio declaran que *la vida de los presos es sagrada* y que debe asegurarse con todos los medios su integridad personal para su entrega a los Tribunales de Justicia. Por ello, y en la inteligencia de que toda contravención será causa de severísimas sanciones, ordena a todos los afiliados que conforme a las leyes de la guerra respeten de un modo absoluto a dichos presos y que repriman con la máxima energía cualquier atentado que osaran perpetrar los irresponsables o los provocadores. Tal es la decisión adoptada por todas las representaciones que componen la Junta de Defensa de Guipúzcoa."

¡Jamás se vió una muestra de cinismo tan descarada! Ni siquiera tuvieron el valor de confesar la magnitud de sus crímenes y añadieron a su protesta la bfea de la mentira y el escarnio

del disimulo al calificar de incidente lo ocurrido con los presos, cuando les constaba que ni uno solo, "ni uno" de los oficiales protegidos por el solemne pacto de rendición y llevados a Ondarrreta a título de salvaguardar sus vidas, había podido escapar a la muerte... Y respecto de la seriedad del propósito de castigar con energía los atentados que los que llamaban irresponsables y provocadores pudiesen volver a repetir contra los prisioneros, baste decir que justamente a los pocos días y con ocasión de la presencia del "Cervera" en aguas de San Sebastián, desde donde cañoneó la ciudad, la propia Junta de Defensa decía lo siguiente:

"El enemigo, en su afán de causar víctimas inocentes, ha vuelto a bombardear al vecindario de San Sebastián. Ante este hecho brutal, que ha causado víctimas dolorosísimas, la Junta de Defensa y Comisaría de Guerra se han reunido urgentemente, tomando los siguientes acuerdos:

"Primero. Se celebrará juicio sumarísimo para adoptar serena y rápida justicia con varios presos acusados de tomar parte en la traición facciosa, en cuanto el infame atentado se repita.

Entre los presos en esta situación se hallan don Honorio Maura, don Joaquín Beúnza y don Alvaro Padilla. También figura entre los rehenes don Alvaro de Figueroa, ex conde de Romanones."

Es decir, que ya no eran los elementos "in-controlados y provocadores", sino los que ejercían suprema y total autoridad en San Sebastián, los que ante un hecho natural en situación de guerra, como era el bombardeo, amenazaban con quitar la vida a seres que nada tenían que ver con aquellos sucesos, pero que tenían una personalidad política bien acusada, por cuyo motivo se les imputaba el delito de tomar parte en la traición facciosa y ser cómplices de lo que titulaban infames atentados. ¡A este género de justicia se plegaban hombres que decían ser fervorosos cristianos y católicos! ¡Que Dios no les tome en cuenta tanta infamia!

IV

Vamos a volver la vista atrás. Como ya recordaréis, queridos muchachos, Mola no se había dormido en los legítimos laureles logrados con el alzamiento de Navarra, ni había limitado su actividad al envío rapidísimo de fuerzas, que situándose sobre la sierra de Guadarrama, amenazasen directamente la capital de España, sino que con los elementos que pudo, y fueron bien pocos en los primeros momentos, había organizado tres columnas que tenían por finalidad apoderarse de todo el frente del Norte; la de la derecha, encaminándose a Vera, para dominar el paso de la frontera por el Bidasoa; la del centro, que tenía que emprender el asalto de Irún y de todo el territorio comprendido entre éste y Oyarzun, para acudir en auxilio, como había prometido, de la guarnición de San Sebastián.

Y, en fin, la de la izquierda, que tenía por objetivo apoderarse de las comunicaciones de San Sebastián hacia Alava, cayendo sobre Beasain y luego sobre Tolosa. Desgraciadamente, esta última columna carecía de contingentes para tan amplios y difíciles objetivos, y por mucho que fuera su arrojo, y era incalculable, forzosamente tenía que ser muy lento su avance en cuanto que los rojos ofrecieran alguna resistencia, cosa que fácilmente podían intentar a favor de todo el terreno montañoso que separa la provincia de Navarra de la de Guipúzcoa. Al frente de apenas 300 hombres, requetés en su mayoría, iban los tenientes coronel Latorre y Cayuela, quienes, a pesar de la escasez de sus efectivos, aún tuvieron la audacia de dividir sus fuerzas para aménazar, el primero la ciudad de Tolosa, mientras que el segundo emprendía el ataque directo de Beasain. Estas columnas, una vez conquistados los pueblos de su tránsito, tenían que caer conjuntamente sobre la capital guipuzcoana, contribuyendo con la columna del centro al socorro de los valientes que en San Sebastián se habían alzado en favor del Movimiento.

El día 28 de julio el teniente coronel Cayuela se apoderó, después de un violento combate en que puso a prueba el arrojo de sus requetés, de Beasain, y en aquella misma fecha Latorre, que había logrado encaramarse con unos 200 hombres por las cumbres que dominan Tolosa y la carretera que va desde este pueblo a Pamplona, empezó asimismo a hostigar a los marxistas, pero sin lograr descolgarse de las alturas, porque los del Frente Popular habían emplazado las ametralladoras ya recibidas de Eibar y Bilbao en varias posiciones que hacían casi imposible, con el escaso número de fuerzas de que Latorre disponía, el avance. Fué, pues, inevitable la parada de estas dos columnas y más aún, precisamente, porque el día en que iniciaron sus ataques —30 de julio— las radios rojas dieron escandalosamente la noticia de la rendición de los que en el cuartel de Loyola, el Gran Casino y el Hotel Cristina, de San Sebastián, se habían venido defendiendo durante diez días con toda bravura y tesón. No había, pues, necesidad de forzar la marcha y era mucho más conveniente esperar la llegada de los anunciados refuerzos que

se estaban organizando apresuradamente en Pamplona, para proceder al ataque de Tolosa, cuya importancia táctica y política era realmente extraordinaria.

Pero no permanecieron por eso inactivos, y cada día se fué marcando por un nuevo golpe de mano de los nuestros que contribuía a desmorallizar las huestes marxistas; así, por ejemplo, en los primeros días de agosto, dos camiones rojos blindados cayeron en una emboscada de los requetés, quedando los artefactos en su poder y prisioneros los que los ocupaban, entre los cuales figuraba precisamente uno de los jefes de carabineros que se habían encargado de la dirección de las fuerzas frentepopulistas. Sin embargo, los grupos de Trincherpe, barrios comunistas de la bella Easo, hicieron pública su decisión de acudir en defensa de los tolosanos, y a tal efecto recorrieron vociferantes las calles de la capital una quincena de camiones, en los que los milicianos iban cantando a voz en grito *La Joven Guardia* y *La Internacional*; aquellos estrepitosos carruajes ostentaban sendos carteles que decían: "No pasarán", "Voluntarios para

Tolosa", "¡Viva Guipúzcoa libre!". Aquellos jactanciosos bravucones se limitaron a llegar a Villafranca, y allí fueron contenidos por la avalancha de fugitivos rojos que procedían de Beasain, en donde los muchachos de Cayuela, corriendose cautelosamente por entre el material de la fábrica de vagones, consiguieron cortar la carretera, dejando prisioneros a los camiones tan jactanciosamente salidos de San Sebastián y a la mayoría de los que los ocupaban.

Una nueva columna nuestra, al mando del coronel Irureta Goyena, intervino en la toma de Tolosa, mientras que las tropas del comandante Tutor se lanzan a la divisoria montañosa entre Liza y Berástegui, pretendiendo enlazar de esta forma a la columna de la izquierda con la del centro, que ya se había situado encima del pueblo de Rentería. Con los refuerzos que se iban enviando de Pamplona y marchando por las crestas de la divisoria y por el valle de Loria, se iban acercando los nuestros poco a poco, cautelosamente, para no dejar enemigos a la espalda, hacia San Sebastián, al que pretendían envolver su lado Norte. Hasta que el día 9, fuerzas ya

más numerosas, aunque entre todas no sumaban el millar de hombres, al mando de Cayuela, Gual y Latorre, emprendieron el ataque directo de Tolosa. Dos días de reñido combate costó a los nuestros penetrar en la población, porque los rojos, reforzados con columnas enviadas nada menos que de Asturias y Bilbao, dotadas de gran cantidad de armas automáticas, ofrecieron una seria resistencia. Pero al fin, el día 10 de agosto, las vanguardias de los requetés penetraron en los barrios nuevos de Tolosa, ocupándolos, pero no consiguieron dominar por completo la población, ya que los marxistas, en gran número y protegidos por la defensa no escasa de dos baterías y una decena de carros blindados, defendían a vida o muerte la entrada y calles del llamado Barrio Viejo.

Una vez más vencimos a los rojos con el empleo de la buena táctica, y en la madrugada del día 11 se movilizaron en arco nuestras unidades, envolviendo Tolosa por su salida hacia San Sebastián, cortando la retirada a los rojos y logrando con ello, casi instantáneamente, verlos

uir a la desbandada hacia el Norte, es decir, hacia el mar.

El golpe fué de extraordinario efecto. En la capital de la provincia se acusó con un recrudecimiento en las persecuciones de las personas de derechas y con el traslado amenazador de algunos de los presos más caracterizados al fuerte de Guadalupe; tras de lanzar por radio la consabida treta en virtud de la cual "todos aquellos seres serían sacrificados en el caso de que continuase nuestro avance hacia San Sebastián". Pero aun así, el efecto de la caída de Tolosa acusó gran desmoralización en el campo frente-populista, siendo precisamente los nacionalistas vascos los que más levantaron su voz de protesta, llegando a decir: "que si los comunistas y cenetistas, en lugar de entregarse al robo y al crimen, hubiesen mostrado el mismo valor en la defensa de Tolosa, ésta no hubiera caído en poder de los nacionales".

Al mismo tiempo que caía Tolosa, como ya recordaréis, queridos muchachos, se iniciaban las operaciones del cerco y asalto de Irún, ocupándose los montes de Erlaitz y Pagogaña y cor-

tándose la carretera directa de la frontera a San Sebastián entre Oyarzun y Rentería. Por disposición del Mando, muchas de las fuerzas que se habían reunido en el ala izquierda y en el centro para caer directamente sobre San Sebastián, fueron trasladadas al ala derecha de nuestro dispositivo para estrechar el cerco y afianzar los ataques al célebre fuerte de San Marcial, y con ello se detuvo el avance hacia la capital guipuzcoana, parándose estas fuerzas en el pueblo de Lasarte, sin llegar a cortar prácticamente, aunque sí virtualmente, la carretera que por la costa une la capital de Guipúzcoa con la de Vizcaya.

V

No vamos, como es natural, a volver a describir lo que fué la epopeya y enorme triunfo de la conquista de Irún, puesto que ello queda ya des-

crito en uno de nuestros fascículos anteriores. Reanudaremos, pues, nuestra narración en el momento mismo en que dominado Irún, y con Irún, Fuenterrabía y el fuerte de Guadalupe, las tropas de Beorlegui se lanzan a la conquista de San Sebastián bajo el mando directo de Irureta Goyena por el Norte y de Beorlegui por el Este. Es justo decir que ni unas ni otras fuerzas encontraron en su camino verdadera resistencia y el avance desde Ventas de Irún hasta el mismo Rentería se hizo casi en paseo militar, porque los rojos, aterrorizados por nuestro enorme triunfo de Irún, no se preocuparon de ofrecer más contienda que la de algún fogeo aislado que se hacia a nuestros soldados a su paso, desde la cumbre del cerro de Jaizquibel, paralelo a la costa, lo que no impidió que en un mismo día nuestros soldados llegasen a Lezo y Pasajes de San Sebastián, ocupando el 13 de septiembre el monte Santiago Mendi, verdadera llave de paso de la capital guipuzcoana.

Desde el mar, el "Almirante Cervera" y el destructor "Velasco" contribuían al avance de nuestros soldados con sus fuegos, que sin dejar

de tener efectos prácticos, alcanzaban el enorme éxito desmoralizador de atemorizar a los frente-populistas, que así se veían atacados por todas partes y aprendían casi al mismo tiempo la presencia de los soldados de Franco en Pásajes y Lezo, que en Irura, Villabona, Andoain, Azpeitia, y, en fin, en el célebre paso de Vidania y en el monte de Santa Bárbara, alto cónico que por el Norte constituye también la clave del arco defensivo de la ciudad de San Sebastián. La huída fué entonces general, aprovechando la única salida libre que aún les quedaba a los rojos por la carretera de la costa a Bilbao y por una nueva pista que habían construído desde Ondarreta a través del monte Igueldo, para ir a desembocar en el pueblo de Iturbi, a fin de soslayar los fuegos artilleros de Lasarte, que batían certeramente la bifurcación de las dos grandes carreteras: la que se dirige a Bilbao y la que se encamina hacia Álava.

En la noche del 12 al 13 abandonaron San Sebastián todos los rojos sin excepción. Nosotros vimos personalmente el paso de aquella riada por Deva, no bajando el número de los

fugitivos, entre hombres, mujeres y niños, de las 30.000 personas, que constituían un verdadero rebaño de gentes atemorizadas, pero que a pesar de su temor no habían descuidado su botín, y así todos ellos iban cargados de dinero, joyas y valiosas preseas, que portando ocultas a la vista de los milicianos comunistas y anarquistas que, ya en pleno imperio del miedo y de barbarie, estimaron más cómodo ir despojando a los ladrones del fruto de sus rapiñas, que enfrentarse con las tropas de Franco para defender la retaguardia de las huidizas gentes. En aquel éxodo inolvidable se dieron casos verdaderamente sorprendentes, porque al llegar los fugitivos en trenes, en camiones, en carros y en todos los imaginables medios de locomoción al puente de Málzaga, a la entrada misma de Eibar, las gentes de este poblado verificaban una escrupulosa requisa, obligando a los huídos a depositar cuantos objetos de valor pretendían esconder y llevarse. Y eran inútiles los arbitrios a que apelaban los fugitivos para evitar aquel despojo. Las mujeres eran desnudadas por completo. Los ancianos y los niños recibían una inspección tan

escrupulosa que llegaba a obligarles a hacer necesidades fisiológicas a fin de comprobar que su tubo digestivo no estaba ocupado por ningún género de valiosas preseas; en fin, con nuestros ojos mismos vimos en Deva cómo a un miliciano que se presentó con un brazo entrapajado en cabestrillo, lleno de sangre el vendaje porque, efectivamente, tenía en él dos balazos que le habían quebrado el húmero, se le obligada a quitarse el apósito y se descubría cómo entre las vueltas del vendaje y las capas de algodón, llevaba escondidos gran cantidad de billetes de Banco y un no escaso número de piedras preciosas. Insistimos en que como aquel cuadro es posible que no se registre otro en la historia del mundo, y que nada da tan exacto perfil de la condición de aquella verdadera horda como aquélla su codicia insensata, que aun en los momentos de tener que abandonar para siempre sus hogares, sólo se preocupaba por todos los medios imaginables de salvar el producto de sus latrocinios.

Entre tanto, en aquella tarde del día 13, las vanguardias de Beorlegui entraban en San Se-

bastián precedidas por tres carros de asalto, que no tardaron en quedarse a la retaguardia, porque los habitantes en masa de la sacrificada ciudad acudieron a la carretera de Irún para recibir con las muestras de júbilo más extraordinarias que pueden imaginarse a los que venían a liberarles de tanto y tanta abyección como habían estado sufriendo durante cerca de dos meses. Y los soldados de España, ondeando sus viejas banderas de combate cubiertas de sangre y de polvo, horadadas por las balas enemigas de mil encuentros, entraron en hombros de los guipuzcoanos y recorrieron en triunfo las calles bellas de San Sebastián, donde no se registró ni el menor incidente ni la más leve resistencia, y donde por suerte se llegó a tiempo de evitar una verdadera catástrofe, porque los mismos nacionalistas acudieron a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, donde tenían establecido, como ya hemos dicho anteriormente, los marxistas su depósito de municiones y explosivos, y donde una mano criminal había colocado sobre una caja de trilita, puesta encima de varios fardos de bombas de mano, una vela encendida, la que al consu-

mirse, forzosamente hubiera prendido el cajón de explosivos, provocando la más siniestra de las catástrofes, ya que lo almacenado allí tenía fuerza suficiente para volar por lo menos la mitad de los barrios modernos de San Sebastián.

VI

Mientras se desarrollaban todos estos acontecimientos en los alrededores de San Sebastián, dentro de la ciudad y ya bajo el dominio absoluto de la gente roja y separatista, se iban traduciendo nuestras victorias y los desastres de ellos, con la consiguiente exacerbación de las persecuciones habituales entre aquellos forajidos. En la cárcel de Ondarreta todas las celdas estaban ocupadas por dos, por tres, hasta por cinco presos de derechas. En el Kursal ocurría otro tanto. Al principio, y sin duda como signo de arrepentimiento por el bárbaro martirio a que

se sometió a los militares entregados por el pacto de Loyola, el trato que recibieron los presos fué bastante humano; pero a medida que nuestros soldados iban avanzando hacia la frontera francesa y tomando ciudades al Sur de San Sebastián, el rencor, la impotencia, se adueñaba de aquellas fieras, que no encontraban mejor forma de tomar una revancha a sus desastres que cebándose con los presos. La caída de San Marcial y después la de Irún, sobre todo, fué subrayada por otras tantas sacas de las cárceles para fusilar a aquellas personas más significadas allí presas. En evitación de alguno de estos daños, parece que Irujo y los suyos propusieron trasladar al fuerte de Guadalupe a los más representativos de ellos, y así, Matos y Honorio Maura, que habían sido detenidos en Zarauz; Gómez Acebo, Urquijo y Beúenza, que lo fueron en San Sebastián, se vieron trasladados en los últimos días de agosto a Guadalupe. Pero quedaron muchos otros en Ondarreta y en el Kursal, y de ellos en distintas sacas, con un cortejo de santomás verdaderamente afrentosos, porque hasta se trocaron los fusilamientos en verdaderos espec-

táculos públicos, figuraban Pradera (padre e hijo), Olazabal, Artola, Valmaseda, Aizpurúa, Gascón, Lizárraga, Sánchez Molbellán, Aldaco, Viñao, el general Muslera, Baselga, Luis Sierra, Soraluce, Pozo, los tres Darriba (padre e hijos), Acebal, y, en fin, hasta aquel Ulloa, que fué el incauto republicano que clavó la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Eibar en la desdichada fecha en que en España se implantó la República. Todos ellos fueron conducidos espectacularmente al cementerio de Poyoe, donde eran fusilados y dejados insepultos durante muchas horas para que sirviesen de solaz a las mujeres de los rojos, quienes solían hacerse acompañar de sus hijos, para así infiltrar en sus almas inocentes el terror y el horror más profundo.

Los días en que el "España" o el "Cervera" se presentaban ante la rada de San Sebastián y enfilaban contra la ciudad sus cañones, ya era sabido: inevitablemente, por la noche, se producían las consabidas sacas, y no hay que decir que ni siquiera se hacía el menor simulacro de juicio sumarísimo. Y no hay que decir tampoco que antes de perpetrarse aquellos bárbaros crí-

menes, las víctimas eran despojadas de cuantos objetos de valor aún conservaban en su poder. A algunos, incluso se les desposeyó de sus dentaduras de oro antes de ser llevadas al suplicio.

Pero con todo ello no remediaban su derrota y como día tras día, más y más, se apretaba el cerco de los nuestros sobre San Sebastián, comenzó el éxodo de las familias de los rojos, que, como ya hemos dicho anteriormente, se dirigían en rebaño inacabable por la carretera de la costa hacia la capital de Vizcaya, Santander y Asturias. A este éxodo siguió el de los prisioneros, el de los encarcelados. Parece ser que los nacionalistas se apuntaron entonces en su haber el gran triunfo de haber logrado esta evacuación de las gentes de derechas que sufrian cautiverio, porque los anarquistas y cenetistas, en una discusión que duró casi toda la noche del 6 al 7 de septiembre, se oponían terminantemente a que fuesen trasladados a Bilbao los detenidos, estimando más cómodo y más natural acabar con todos ellos. Esta primera postura de los cenetistas fué modificada por una sugerición de los nacionalistas vascos, quienes dijeron que no era

possible ni era justo que dieran muerte a todos los detenidos, puesto que entre ellos los había con culpas graves, pero también con pequeñas culpas y que, por lo tanto, lo que procedía era hacer una rápida revisión del historial de cada uno de los presos para seleccionar aquéllos que merecían conservar aún la existencia. Pero como este trabajo implicaba bastante tiempo, ya que el número de detenidos era bastante entre hombres y mujeres (dentro de San Sebastián se acercaban a los tres millares), y como una vez caído Irún se veía de una manera clara y precisa que no tardaría en correr la misma suerte la ciudad de San Sebastián, al fin se convino en verificar la evacuación totalmente, puesto que en realidad y durante las sacas de la primera semana del mes de septiembre, ya habían sido fusilados los más "responsables", o trasladados al fuerte de Guadalupe, donde les esperaba la misma triste suerte.

Y así, el día 8 de septiembre, inopinadamente, se presentaron en la cárcel de Ondarreta una sección de mendigozales, jóvenes nacionalistas vascos, con la misión de trasladarlos al puerto.

frente al que estaba anclado un bárco de la Compañía Soto, el "Vizcargui-Mendi", a los presos que serían conducidos por mar a Bilbao.

Aunque la orden de evacuación había sido dada rápida y sigilosamente, no por ello fué menor el riesgo que corrieron los detenidos, porque incluso la guardia exterior de la cárcel de Ondarreta, al ver llegar cinco camiones de los destinados al transporte de pescado ante las puertas de la prisión y enterarse de que iban a ser ocupados por los presos, se opusieron airadamente a tal evacuación, afirmando que no dejarían salir con vida ni a uno solo de los "fachistas" detenidos. Casi llegaron a las manos con los bien armados mendigozales, pero al fin, una orden tramitada por el comité cenetista aplacó los ánimos de los rojos y apresuradamente se llenaron los camiones con aquellos desdichados, que fueron trasladados con toda rapidez al pequeño puerto de San Sebastián. Aun allí, y cuando ya comenzaba el traslado de los detenidos por medio de botes al "Vizcargui", las hordas rojas que se habían mantenido alejadas del puerto hasta la altura del Club marítimo, merced a un

fuerte cordón de milicias vascas que aseguraban la protección de los evacuados, trataron de romper aquella línea amparadora, y aun algunos dispararon sus armas en dirección a los botes en los que iba siendo trasladada aquella trágica mercancía humana. Sin embargo, la evacuación se logró en casi su totalidad, y alrededor de 1.200 personas de ambos sexos fueron a parar a las bodegas del barco de Sota, donde por cierto no mejoró en nada su suerte, porque allí, hacinados como verdaderas bestias, envueltas en una espesa y asfixiante capa de polvo, porque el barco había estado sirviendo para transportar cemento, que inevitablemente pusieron en movimiento los pies de los detenidos al entrar en la bodega, formando una atmósfera verdaderamente irrespirable. A todo esto se añadió la suprema crueldad de tener a los detenidos, que ya llevaban cerca de un día sin haber recibido ningún género de alimento, ni agua, en total abstinenencia de una y otra cosa, no sirviendo para apiadar a los carceleros, ni los llantos de las mujeres, ni las súplicas amarguísimas de los hombres, ni siquiera el hecho dramático de que va-

rios de los así conducidos llegasen a perder totalmente la razón. Hasta que llegaron al Abra no recibieron el menor auxilio, y únicamente cuando estuvieron en Bilbao y a punto de ser trasladados a otros barcos preparados al efecto, empezaron a servirles un poco de agua y algo de alimento. Pero, sin embargo, antes de una y otra cosa, habían perecido una mujer y dos ancianos entre los más acerbos dolores, a causa del bestial trato que como final de su odisea en San Sebastián, de los rojos y de los nacionalistas vascos habían recibido.

VII

No reposaron nuestras tropas con la conquista de San Sebastián. El objetivo esencial del Mando era llegar, por lo menos, hasta la ocupación de la línea del Deva, y para ello era preciso ganar horas a fin de evitar que las gentes rojas de

Vizcaya, Santander y Asturias ocupasen posiciones tácticas de gran importancia, que abundan en la provincia de Guipúzcoa, ya que al Oeste de ella se extiende una sucesión inacabable de montañas que un puñado de hombres con el suficiente coraje y bien dirigidos, fácilmente pueden hacer inexpugnables.

Rápidamente el general Mola reorganizó las columnas de operaciones, que ya no podía mandar por su desdicha el coronel Beorlegui, que rindió su vida a la Patria como consecuencia de la herida que recibió en Irún. El coronel Irureta Goyena y los tenientes coronel Cayuela y Los Arcos, asumieron el mando de esas tres columnas, cada una de las cuales contaba aproximadamente con un par de millares de hombres y no más que eso, aunque con el botín cogido a los rojos en Irún se había podido dotar a las unidades de artillería de acompañamiento, crecido número de ametralladoras y fusiles ametralladores y hasta una veintena de carros blindados y de asalto. Merced a estos nuevos elementos y merced, sobre todo, a la desmoralización que había cundido en el campo rojo con la pérdida de

Irún, el éxodo de San Sebastián y la conquista al fin de la capital de Guipúzcoa, las tropas de Franco pudieron avanzar con ímpetu irresistible, y así el día 17 ocupaban ya el pueblo de Orio, el monte Andatza y el pueblo de Usurbil, alcanzando el famoso lugar y puente de Ormaiztegui, maravilla de la ingeniería española, construído como viaducto del ferrocarril según los planos del célebre Eiffel; obra que volaron en su huída los rojos creyendo entorpecer con ello el avance de nuestras unidades. No fué así, porque a los bravos muchachos de Franco no podía detenerles puente de más o de menos, y por ello se internaron en el dédalo de montes del centro de la provincia guipuzcoana y de un solo empujón se adueñaron de Régil, Beizama, Astigarreta y Bríncola.

Ante lo furioso de nuestra acometida, los enemigos acusaron aún más desconcierto y flojera, y aquello permitió a nuestros mandos multiplicar el número de nuestras unidades de avance, constituyendo diversas agrupaciones pequeñas que se separaban de los ejes centrales de marcha de las tres columnas ya indicadas para ir do-

minando pasos de importancia estratégica y sometiendo a nuestra autoridad los bien situados y ricos pueblos de la región guipuzcoana. Así, una agrupación, mandada por el comandante Tejero, ocupó Zumárraga y el puerto de Escaraga. Otra, la de Díez Rivera, se adueñó con toda rapidez de Azpeitia y de Azcoitia; otra, tras de conquistar Cestona, avanzó rápidamente hacia el Monasterio de San Ignacio de Loyola, que había venido siendo cuartel general de las milicias nacionalistas vascas. Irureta Goyena, por su parte, avanzaba con toda rapidez por Anona y Zumaya, población esta última donde igualmente los rojos volaron su puente, que en un solo día quedó restablecido para los efectos de poder transportar el impedimento de nuestras columnas.

Cada día se marcaba por nuevos avances y por nuevos triunfos rotundos, y así, antes de transcurridos ocho de la conquista de la capital guipuzcoana, se lograba llegar al valle del río Deva, clavando la bandera de España en poblaciones de tanta importancia como Plasencia de las Armas, Vergara, Alzola, Elgoibar, y, en fin, Deva. Todo esto se consiguió merced a la

insuperable pericia guerrillera puesta en acción por las poco nutridas pero ya muy adiestradas unidades de requetés y de falangistas.

Pero todo tiene sus límites y desde luego se alcanzan pronto los de la resistencia de los hombres combatientes, y aquel formidable ciclón bélico que había partido de Irún el día 5 del mes de septiembre y llevaba quince días sin uno sólo de tregua ni reposo, avanzando y avanzando para ganar a tiros monte tras monte todos los de la provincia guipuzcoana, tenía forzosamente que ser recompensado con un descanso. La primera resistencia verdaderamente seria ofrecida por los rojos a nuestro avance sobre la línea del Deva se acusó cuando las fuerzas del teniente coronel Los Arcos se trasladaron a la otra orilla de este río y se dirigieron con su ímpetu acostumbrado hacia el límite de la provincia de Guipúzcoa con la de Vizcaya, en los pueblos de Motrico y Ondárroa. Allí, en el primero de estos pueblos singularmente, y antes de llegar a él, protegidos por las buenas defensas naturales que iban ofreciendo los montes que venían a morir sobre aquella bellísima costa, empezaron a reor-

ganizarse los rojos, después de haber recibido el día 20 de septiembre las primeras unidades de refuerzos de los gudaris vizcaínos, perfectamente pertrechados de todo género de armas para la resistencia. Como si ello fuera poco, la escuadra roja, que hasta entonces se había mantenido totalmente ausente de la campaña de Guipúzcoa, hizo acto de presencia frente a la rada en que desemboca el Deva, bombardeando con sus cañones de largo alcance el pueblo veraniego de este nombre, donde provocó varios destrozos en los hoteles de la playa.

Motrico, donde se batían los gudaris, el día 21 recibió asimismo la ayuda de los fuegos del "Cervantes" y del "Libertad", y todo esto fué causa de que, prudentemente, el general Mola diese la voz de alto, manteniéndose como se había previsto en la línea del Déva, que vino a ser como un nuevo Rubicón, y preparando sus fuerzas para resistir la otoñada, que ya en los últimos días de aquel septiembre del 36 se presentaba con un furioso cortejo de lluvias y vendavales.

Como últimas proezas de este ejército, mi-

núsculo pero de increíble e insuperable ardor, en la región que mira a Vitoria se verificó la ocupación de los montes que dominaban las ciudades de Mondragón y Elguéta, y una vez conseguido esto, resultó forzoso paralizar el avance, entre otras razones porque habiéndose ya liberado Toledo e iniciado el salto sobre Madrid, el Generalísimo Franco no podía distraer sus escasas probabilidades de refuerzos en hombres y en material de guerra y sobre todo las aún muy cortas disponibilidades de municiones, metiéndose a fondo en una campaña contra Vizcaya con el invierno de cara y sin poder asegurar que en un momento crítico, las valerosas fuerzas que ya integraban la que fué famosa Agrupación "Brigadas de Navarra", pudieran recibir el más pequeño auxilio de sostén.

Quedaron, pues, en el mes de octubre frente a frente los dos ejércitos, pero el nuestro tenía ya a la espalda la casi totalidad de las tierras guipuzcoanas, habiendo ganado para su Causa toda una provincia española de las más ricas y más industriosas que en nuestro país existen, realizando esta increíble proeza, queridos mucha-

chos, que nunca se subrayará bastante, sólo por el valor de unos miles de voluntarios que no alcanzaron en ningún momento la decena y por la pericia asombrosa de un puñado de jefes animosos y expertos que, azuzando con su ejemplo y orientando, con su saber del arte de la guerra a requetés, falanjes, y escasamente dos Banderas de la Legión y unos pocos, muy pocos, batallones de línea, supieron día tras día ir sujetando la victoria a medida de sus deseos, porque, aunque otra cosa se crea, desde Irún hasta el Deva, en toda la conquista de toda la provincia de Guipúzcoa, ni un solo día, ni uno solo, conocieron las tropas de Franco el sinsabor de la más pequeña derrota.

Pero aún queda algo más extraordinario: cuando nosotros hicimos el recuento de nuestras bajas en la campaña de Guipúzcoa, vinimos en conocimiento de que únicamente habíamos tenido, entre muertos y heridos, en toda aquella serie de batallas, un millar de bajas; pocas ciertamente para los objetivos alcanzados—toda una provincia, el cierre de la frontera pirenaica y haberlos interpuesto en el campo enemigo que, de

no haberse conquistado Guipúzcoa, hubiera visto extendido su frente sin una sola interrupción desde Galicia al Mediterráneo a todo lo largo de la orilla del Mar Cantábrico —, pero muchas si se tiene en cuenta que nuestros efectivos nunca pasaron de los tres mil hombres.

Así terminó aquella etapa gloriosa, mil veces heroica, con que alboreo nuestra campaña victoriosa en el Norte de la Península. En una linea fuerte a todo lo largo del Deva, podían nuestras fuerzas esperar durante el invierno hasta la llegada de la época propicia a nuevos avances. Verdad es que con aquella forzosa tregua, el enemigo, a más de encajar el golpe de la perdida de Guipúzcoa, se establecería sólidamente, aprovechando las ventajas del terreno, para aguantar nuestros futuros empujones, pero verdad igualmente que durante los meses de calma bélica nosotros terminaríamos a nuestra vez de organizar nuestras fuerzas de choque, dotando de Mandos y de material aquellas Brigadas de Navarra que tan magnífica aparición habían hecho en la campaña de Guipúzcoa. Ciento que en lo futuro, ya las Brigadas heroicas no podrían con-

tar con la dirección, el estímulo, el aliento prodigioso que las comunicaron hombres del temple y valer de los Beorlegui, Ortiz de Zárate, Galbis...; pero, en cambio, al frente de las Brigadas estaba ya un general de la capacidad y bríos de Solchaga, un Jefe de Estado Mayor del temple y talento de don Juan Vigón, un comandante artillero de la alcurnia de Martínez Campos, y, en fin, unos caudillos en mando directo como los Valiño, los Alonso, los Juan Bautista Sánchez, Cayuela, Bártomeu, Tella y Los Arcos... Nombres son todos estos, queridos muchachos de mi España, que vosotros debéis de grabar en forma indeleble en vuestras mentes y en vuestro corazón, porque en verdad os digo que ninguno merecerán tan alto honor como el de trocarse en ídolos de los muchachos españoles, como ellos. A cada paso, de aquí en adelante, en nuestros relatos, tropezaréis con esos nombres que marcados quedan en el epílogo de este episodio, y para coronar dignamente la bizarra proeza aventurera de haber conquistado con un puñado de valientes bien pertrechados d... fe y coraje, una de las más ricas provincias españolas, y haberlo

GUIPUZCOA POR ESPAÑA

hecho con tal solidaridad de fines, de entusiasmos, de abnegaciones y de disciplinas, que aunque el Caudillo Supremo Franco no lo hubiese dispuesto como lo dispuso, al calor de tanta y tanta grandeza, forzosamente tenía que nacer un Ejército invencible... ¡como lo fué el Ejército del Norte!

Madrid, junio de 1940.

Lo que se propone "EDICIONES ESPAÑA"

Se ha escrito mucho acerca de la magna Epopeya, labrada en granito, culminación de esfuerzos gigantescos de nuestros soldados heroicos y creada en el cerebro prodigioso de nuestro invicto Caudillo; pero siempre habrá de ser, por los siglos de los siglos, cantera inagotable de donde nuestros futuros publicistas sacarán materiales con que dar a luz libros y estudios de tipo histórico y docente que constituyan otros tantos pilares donde se asiente la obra inmensa gloriosamente iniciada por ese hombre providencial que siente a España en el cogollo del corazón.

EDICIONES ESPAÑA, modesta, pero entusiasticamente, quiere también contribuir al empeño patriótico de tantos ilustres conciudadanos nuestros, y, sin escatimar nada, se lanza por el camino felizmente emprendido, y comparece ante los millones de lectores españoles que todavía ignoran mucho de cuanto aconteció en los campos de batalla y, antes, en el inicio del glorioso Movimiento, con el propósito de que no haya un solo español que ignore todo lo que hay de maravilloso y emocionante en la santa Cruzada de nuestro Ejército y sus invictos directores.

"El Tebib Arrumi", cronista inimitable y espectador emocionado y ardiente de cuantos hechos de armas se han sucedido a lo largo de la cruenta contienda, va a contarnos cuanto vieron sus ojos e hirió su viva imaginación en su calidad de "Cronista oficial de guerra"... ¿Quién mejor testigo de la Cruzada portentosa? Posiblemente, nuestros lectores, los lectores de EDICIONES ESPAÑA, van a tener que agradecernos la aparición de esta serie de pequeños volúmenes, debidos a la pluma brillantísima, exacta y veraz del popularísimo "El Tebib Arrumi", que con este sexto tomo, titulado *Cómo se conquistó Sevilla*, continúa la interesantísima colección de episodios, anecdotarios, béticas hazañas de nuestros guerreros, sin posible semejanza en el pasado del mundo.

A continuación de *Cómo se conquistó Sevilla*, EDICIONES ESPAÑA lanzará a la calle, sucesivamente, los siguientes volúmenes:

Leones en el Guadarrama; Oviedo, la muy heroica; Castilla por España y Cataluña roja; En Gijón hubo un Simancas; Andalucía, bajo el odio; La epopeya de Irún; Batallas de Badajoz y Mérida; Gipúzcoa por España; Soñaba el rojo con Zaragoza, Huesca, Teruel...; etc.

El simple enunciado de los epígrafes de estos pequeños libros, todos avalados por la pluma del Cronista de guerra, "El Tebib Arrumi", nos releva de más palabras y de todo comentario. Este lo harán desde el primer volumen todos los que lo lean, y, sobre todo, lo que más habrá de satisfacernos es el contenido y la alegría de nuestros pequeños lectores, en cuyas almas se van a encender todas las puras luminarias de sus mentes juveniles y entusiastas.

BIBLIOTECA INFANTIL

LA RECONQUISTA DE ESPAÑA

LLEVA PUBLICADOS LOS NUMEROS SIGUIENTES:

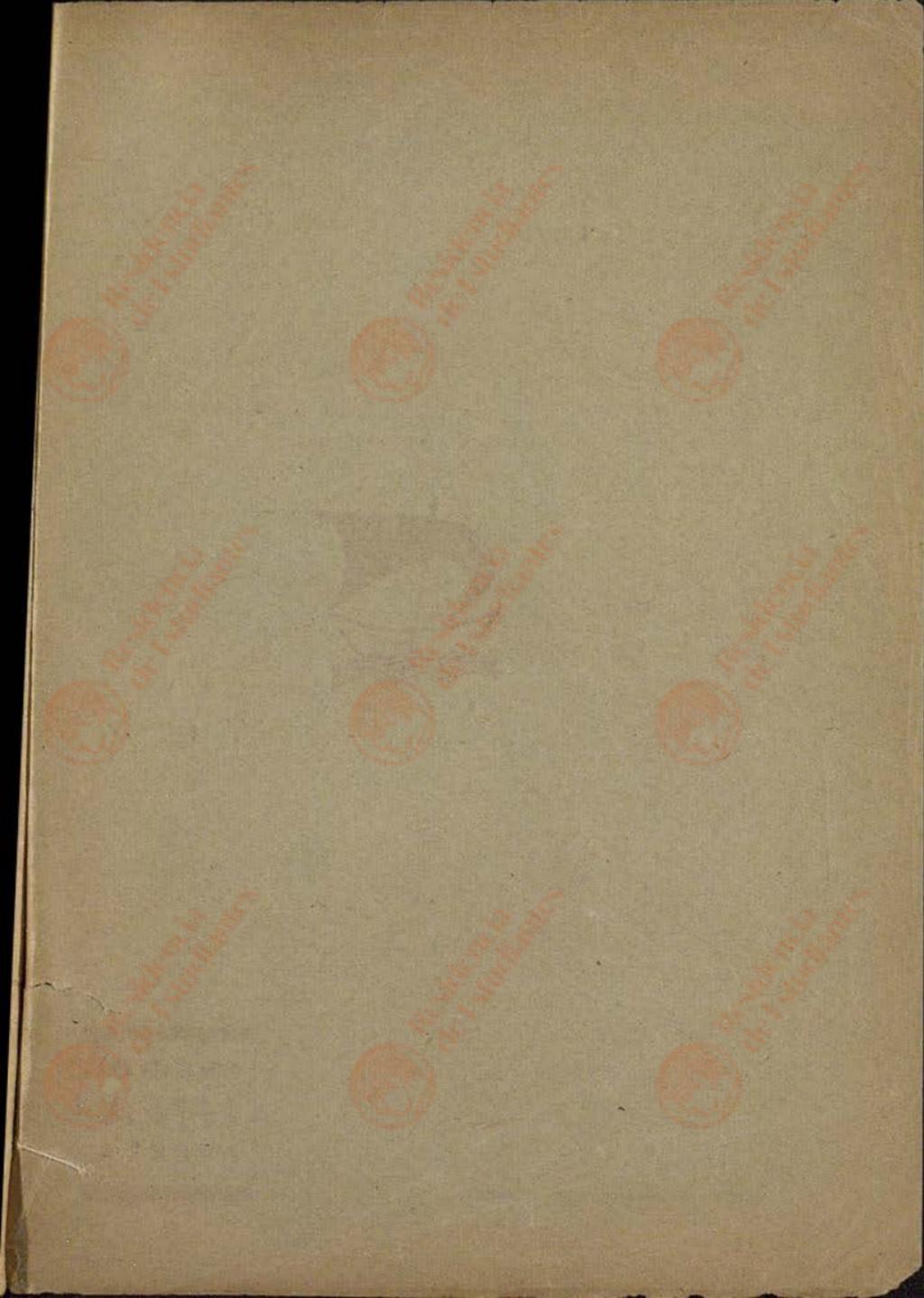
- N.º 1.—LA HISTORIA DEL CAUDILLO, SALVADOR DE ESPAÑA.
— 2.—ASI EMPEZO EL MOVIMIENTO SALVADOR.
— 3.—LA PROEZA DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR.
— 4.—NAVARRA SE INCORPORA.
— 5.—LA GRAN TRAGEDIA DE MADRID.
— 6.—CÓMO SE CONQUISTO SEVILLA.
— 7.—LEONES EN EL GUADARRAMA.
— 8.—OVIEDO, LA MUY HEROICA.
— 9.—CASTILLA POR ESPAÑA Y CATALUÑA ROJA.
— 10.—EN GIJÓN HUBO UN SIMANCAS.
— 11.—ANDALUCIA, BAJO EL ODIO.
— 12.—LA EPOPEYA DE IRUN.
— 13.—BATALLAS DE BADAJOZ Y MERIDA.
— 14.—GUIPUZCOA POR ESPAÑA.

DE INMEDIATA PUBLICACION:

- N.º 15.—SONABA EL ROJO CON ZARAGOZA, HUESCA, TERUEL...
— 16.—MALLORCA, LA ESPANOLISIMA.
— 17.—¡SANTA MARIA DE LA CABEZA!
— 18.—LUCHA EN AVILA, GREDOS, TALAVERA.
— 19.—FLORON EL MAS PRECIADO: ALCAZAR DE TOLEDO.
— 20.—DEL TAJO AL MANZANARES.
— 21.—¡CASA DE CAMPO!... ¡¡CIUDAD UNIVERSITARIA!!
— 22.—EN ALAVA HUBO UN VILLARREAL...
— 23.—LA CONQUISTA DE MALAGA.
— 24.—BATALLAS DEL PINGARRON.
— 25.—AQUELLO DE GUADALAJARA FUE ASI.
— 26.—PROEZAS MARINERAS DEL PRIMER AÑO.
— 27.—ANECDOTARIO DEL CAUDILLO.
-

TODOS ELLOS DEBIDOS A LA PLUMA DEL ILUSTRE ESCRITOR

“EL TEBIB ARRUMI”





**PRECIO:
UNA
PESETA**